

ESTA OBRA NO
SE PRESTA

n. 1526-A

pep.

CARTA DE LAS REGIONES: ALMERIA

1526



Hablar de Almería, donde vivo desde hace nueve años con voluntad de diálogo con su juventud y sus hombres inquietos—que también los hay aquí en el Sur junto a la cañadú tropical—, sírvame de ejemplo Perceval, el de la *Degollación de los inocentes*—, contar de Almería, tan esquiua y, a la vez, tan cordialmente entregada, tan suya y tan en lo suyo, y también tan de todo forastero con inocencia, no es cosa fácil. Almería es una de estas ciudades donde no pasa nada y donde, bajo la paz de su vivir, rebrama una potencia sorprendente. No es una ciudad tranquila. Es, quizá, una ciudad triste, melancólica, que el mar no consigue vulgarizar y que, como en esas biografías de místicos, tan y tan sorprendentes «a los que no les ocurre nada» que pudiera contar un periodista, recibe la estupenda vista del Señor en una domesticidad que nos da escalofríos a los que vivimos la anécdota exterior de la vida, entregados y arrebatados.

Almería es una ciudad que hay que auscultar. Que hay que calar. Hay que llegar al hondón de su alma. Porque, además, esta ciudad no es camino de ninguna parte, sino de sí misma, no tiene—¡ay!—ruta turística, ni caminos comerciales, ni nada que no sea, eso, Almería. Es el fin del mundo, como Galicia. Y desde ella no se puede más que retroceder o irse al otro mundo. América o la muerte a lo Jorge Manrique. Sí, el fin del mundo, un *finis terrae* más allá del cual está el cielo y el mar.

Almería es una ciudad íntima, y desvelar sus recatados secretos de novia y novicia en soledad cuesta caro. Cuesta hacerse almeriense. Y casarse y morirse aquí. Mucha gente lo ha hecho. Mucha gente lo hace.

Verla cómo desciende hacia el mar desde sus cerros desnudos de ascética de hueso y oración donde no hay árboles, ni hierbas, ni casi tierras.

La ciudad tiene dos cerros con ruinas de historia y es blanca y plana, oriental como ninguna ciudad de Marruecos. Con una luz recortada, difícil, que los viajeros aseguran se encuentra únicamente en las rutas de Damasco o de Tierra Santa. Su puerto es grande y sólo con veleros de cabotaje de maderas y mármoles y sal, algunas veces. Cuando la «facha de la uva» vienen, sí, barcos extranjeros, y suecos y negros americanos, italianos o brasileños caminan por la ciudad soñolientos y ajenos.



MIRANDO UN POCO HACIA EL PASADO.

Nada más distinto de la ciudad castellana de tradición y murallas. Almería es una ciudad franca y abierta, sin casi tradición. Su historia se ha hecho a saltos, con dramáticas interrupciones violentas que han destruido todo lo anterior y han obligado a cada generación a que empiece por el final, como Juanito Calahonda, el de *La Casa de la fama*. Así, la conquista de Almería por Alfonso VII, con la destrucción del comercio y del puerto. Ciertas repúblicas italianas y Barcelona cortan la vida del mar de la ciudad. La segunda conquista, en época de los Reyes Católicos, supone un nuevo corte histórico, no sólo por el paso del mundo árabe al mundo cristiano, sino a causa del terremoto que en fechas posteriores tuvo lugar en la Almedina. Los cristianos y el terremoto dejaron a nuestra Almería sin Edad Media. Es un fenómeno general a casi toda Andalucía, pero que, en Almería, toma caracteres definitivos. De ahí el cariño de los granadinos por su arte barroco o el de los cordobeses por sus raíces romanas, que sacan a relucir hasta cuando hablan de toreros. Y desde aquel terremoto, que destruyó la incógnita ciudad, la Almedina, se han ido sucediendo pequeños o grandes desastres que han separado unas generaciones de otras por vacíos y pausas definitivas. El comercio detenido cuando la conquista de América, el fin del cabotaje por el Mediterráneo, las minas anegadas de agua, el cierre del mercado americano de la uva a causa de la más o menos quimérica mosca mediterránea, la filoxera, la guerra con bombardeos desde el mar y refugiados de guerra fuera de todo control moral...

En Almería siempre se empieza. Hay que comenzar siempre. Basta observar lo que ocurre cuando llueve. En Almería no llueve mucho; ahora bien, cuando llueve, la ciudad se convierte en un abanico de ramblas y rambalillas que van a dar a la mar. Y los árboles no pueden crecer en sus montes cercanos porque, o se secan por falta de agua o el agua se los lleva al mar. Así la ciudad es siempre la ciudad de hoy y la tradición no es ciudadana, es únicamente familiar, y aun familiar de muy pocas familias que conocen sus abuelos por cuadros de Esquivel o apellidos irlandeses o italianos. Su historia es, desde la Prehistoria a la Biblioteca Villaespesa, una constante interrupción de momentos extremadamente vitales, que se agotan de una manera más o menos trágica. Almería no es una ciudad; como Troya, es una sucesión de ciudades en un mismo espacio geográficamente más o menos localizado. Porque donde estaba la antigua Urci no lo sabe nadie. Y la Pechina árabe era más una capital, un centro de pescadores y comerciantes, que la torre junto al mar que sería la primera Almería. Ahora bien, este centro geográfico está aislado del mundo continental por montes y distancias difíciles que la hacen inasequible. Como una isla que sintiera su mar petrificarse a su alrededor, ya sin posibilidad de navíos por sus flancos.

Como en una isla han vivido y aún viven los almerienses. Sus hombres, en generaciones anteriores, conocían mejor Londres que Madrid, y los sombreros de copa y los hongos de hace pocos, poquísimos años, eran

made in London. Así resulta paradójico que si alguien tiene que escribir de la historia definitiva de la ciudad, tendrá que hacerlo un hombre tan joven como Fernando Ochotorena, el actual restaurador de nuestra Alcazaba. Porque Almería es ciudad conquistada y arruinada y es terremoto y es inundación; viento Levante, sublevación de las Alpujarras, desastre comercial, y también es la Almería del vaso campaniforme, y la Almería del telar árabe en el siglo XI, y la Almería de los guerreros segundones que acompañaban a don Juan de Austria por estos pueblos de la sierra; es la Almería de los exportadores de frutos inteligentes y los mineros señoritos de verdad, de la gente del esparto y de la maná, tan cuajados en su raza e inteligencia.



DOS NÚCLEOS CULTURALES.

Desde la Prehistoria hasta la Biblioteca Villaespesa, con dos nombres que descubren Almería al mundo. Los hermanos Siret, que desvelan la Almería del Argar antes del documento histórico, y don Manuel Urbina, que, con la fundación de la Biblioteca Villaespesa y su mecenazgo, descubre cada día la Almería de hoy a España entera. Y como ésta debe ser una carta sobre la actualidad cultural de la ciudad, tengo que hablar de esta biblioteca.

Son dos los organismos oficiales que encauzan toda actividad cultural y toda iniciativa. La Biblioteca Municipal y, a la vez, Provincial «Francisco Villaespesa» y el Instituto Nacional de Enseñanza Media. Instituto y Biblioteca, en una ciudad sin universidad ni tradicional ateneo, son el centro nervioso de toda manifestación de cultura. La Biblioteca, dirigida hasta este curso por Hipólito Escolar y actualmente por Félix Merino; el Instituto, dirigido por Francisco Sáiz Sanz. Ambos organismos sustituyen a la universidad en lo que respecta a las formas rectoras de la inteligencia y creación o, por lo menos, dan a conocer el esfuerzo personal, individual de los francotiradores de la cultura que han sido siempre los andaluces, los almerienses.

BREVE ANÁLISIS A TRAVÉS DE UNAS CIFRAS.

Hablemos hoy de la Biblioteca, que se encuentra en el mismísimo centro del Paseo del Generalísimo, antes del Príncipe. Las estadísticas darán el índice de lecturas y preferencias de la ciudad. Así, literatura, 13.877; ciencias sociales, 1.120, y bellas artes, 6.346.

Esas son las preferencias que se llevan las máximas. Y ello es exacto y sintomático. No hablemos de la literatura, en la que se incluyen intereses no literarios: así la novela, leída como distracción mental. Ciencias sociales ocupa el tercer lugar. Almería es una ciudad de abogados, y buenos abogados. Tiene un Seminario de Estudios Políticos, en donde altas personalidades de nuestra política nacional desarrollan problemas vivos en una ciudad española de hoy.

Pasemos a las bellas artes, que ocupan el segundo lugar. Almería es, mientras no se demuestre lo contrario, la ciudad de los indalitanos, y estas 6.346 obras de arte muestran y demuestran cómo la pintura no es un interés de grupo, de minoría o capillita. La pintura almeriense, tan seria ya, es reflejo de un interés total de la ciudad.

Además, los lectores en Almería son cada año más y más. Obsérvese este resumen de lecturas de la Biblioteca: Año 1947, 4.224; 1948, 19.325; 1949, 23.853; 1950, 44.906, y 1951, 46.571.

Esto podemos decir de lo que lee y cuanto lee el almeriense. Es una ciudad en la que disminuye su población y aumentan sus lectores. Y 46.571 obras en una capital de unos 80.000 habitantes reflejan un espíritu curioso y diligente.

CONFERENCIAS.

Veamos ahora lo que escucha el almeriense. En la Biblioteca se organizan conciertos y conferencias. Además, en ella encuentran cátedra y auditorio el Seminario de Estudios Políticos, los cursos de bibliotecarios de la Junta de Intercambio, los de extensión universitaria de la Universidad de Granada, que representan una continua labor de curso a curso, y algunas labores poéticas, más aisladas, como «Las alforjas de la poesía», organizadas por Pumarola y Gómez Montero, hoy en la dirección de Radio Juventud, radio estación escuela de nuestra ciudad. En esta sesión actuaron, además de los organizadores, jóvenes poetas como Eusebio Moreno de los Ríos, Agustín Gómez Arcos y una poetisa local. Otras actuaciones poéticas en el curso pasado fueron las de Carmen Conde, «Mi vida a través de mis poemas», y Rafael Morales, «Antología y comentario de mis poemas».

El escritor de familia almeriense Ledesma Miranda concedió a la Biblioteca sus confidencias sobre «Tipos almerienses de La Casa de la Fama», en una sesión homenaje organizada por el Ayuntamiento de Almería. Contrasta el enorme interés del lector medio por las bellas artes con el hecho de que se haya dado una sola conferencia sobre tema artístico en la Biblioteca Villaespesa. Fué ésta «La España de Velázquez», del doctor don Fernando Díaz-Plaja. También recordamos en anteriores cursos la escasez de este tema tan vital para los almerienses. Una conferencia de don Emilio Orozco sobre Sánchez Cotán, y quizá nada más en mucho, en muchísimo tiempo.

Conferencias de sociología y política: Ismael Herráiz, «Corea, frontera de Europa»; don Cayetano Alcázar, «Problemas de las dos Españas en el siglo XVIII»; Suevos, «Espíritu y estilo de España»; Antonio de Miguel, «El mundo de la producción, necesidad vital de España»; Arturo Núñez, «Divagaciones en torno a la seguridad social»; señor Díaz Villegas, «Rusia vista por dentro», y una magnífica charla de Eugenio Montes, entre las intervenciones más destacadas. Así, periodistas, poetas, políticos, ingenieros, catedráticos, novelistas y hasta quien esto escribe, han intervenido frecuentemente en la Biblioteca de Almería, poniendo en contacto



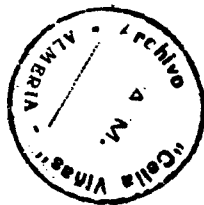
al almeriense con todo lo español y aun extranjero. Son, según las estadísticas, diecisiete conferencias, dos cursillos y dos tardes del cuento infantil, especialmente organizadas por el actual director, Félix Merino.

DE LA PINTURA A LA MÚSICA.

En el año anterior se han dado en la Biblioteca treinta y tres conciertos. ¿No es curioso? Las conferencias ocuparon el primer lugar el año 1949, pero este año pasado han ocupado la cabecera los conciertos. Y la Almería pictórica se nos va volviendo musical. ¿Quiénes han dado estos conciertos? Nuestro ejemplar Quinteto Municipal dió dieciséis conciertos de cámara; el gran pianista Querol, que entre nosotros tiene un público devotísimo y entregado, dió unos diez conciertos, con programas perfectamente estudiados, para dar a conocer los músicos universales en cursillos—Bach, Wagner, Brahms, Chopin, Litz, música francesa, música española—o en conciertos antológicos, como los tres del mes de diciembre. Actuó también el «Cuarteto Femenino de París», con dos conciertos; el gran guitarrista Regino Sáinz de la Maza, la Schola Cantorum de nuestro Seminario, etc.

Como la carta se va alargando más de lo corriente, habrá que dejar para otra las exposiciones de la Biblioteca, porque bien se merecen los indalianos una carta para ellos solos, con su colectiva preparatoria de la Bienal. Junto con los indalianos, han obtenido francos éxitos de público el pintor Viciara, Gómez Abad y otra colectiva de estampas navideñas.

CELIA VIÑAS OLIVELLA



PUBLICADO EN LA REVISTA
ARBOR N.º 78
Serrano, 117 - MADRID